

PALABRAS CLAVES

diversidad sexual | síntoma | diferencia | dialéctica | ontología de lo múltiple

ABSTRACT

This short essay seeks to relate the notion of symptom with studies from the field of neo-sexualities or dissident sexualities in the framework of late modernity, establishing an articulation between symptom, epoch and sexual diversity, grounding an ontological of the multiple from a critical perspective in establishing a depathologizing diagnosis. It is thus, proposed to review the ontology of the One and the Same from the epistemological perspectives of difference. In this way, a conceptualization is made in which social epoch and subjective structure are found in a dialectical way.

KEY WORDS

sexual diversity | symptom | difference | dialectical | ontology of the multiple

INTRODUCCIÓN

El psicoanálisis no es una ontología ni una filosofía, ya que es desde el campo clínico desde donde se construye su praxis, se nutren sus procedimientos y se enfocan sus métodos, pero entendemos que las construcciones categoriales con que contamos para significar los fenómenos subjetivos que allí se despliegan, en tanto que están territorializadas en un contexto de época determinado, exigen la permanente revisión de nuestra práctica, una re-visión que posibilita la re-inención de la propia praxis analítica, a través de la cual es posible alojar elementos antes no visibilizados o solo tenidos en cuenta parcialmente. En este sentido, pensamos que las neo-sexualidades o disidencias sexuales, interpelan las nociones clásicas acerca de la sexuación y modalidades de goce

en psicoanálisis, donde otras formas de goce y de habitar la sexualidad han adquirido potencia y visibilidad en los últimos años.

Este ensayo de psicoanálisis, se organiza así a partir de tres secciones. En la primera parte, se presenta un breve desarrollo acerca de la noción de síntoma, destacando su dimensión estructurante de la consistencia subjetiva en relación a la singularidad irreductible del goce, subrayando además, su potencial de subvertir los órdenes impuestos por las lógicas discursivas. En la segunda parte, evaluando la importancia de estos desarrollos para nuestra clínica analítica, fundamentamos la importancia de realizar diagnósticos que se alejen de las miradas patologizantes sobre de las disidencias sexuales, destacando cómo toda experiencia subjetiva se halla entramada a su contexto de época.

En la tercera parte, realizamos una breve revisión sobre algunos puntos centrales que consideramos, deben reelaborarse dentro del propio corpus conceptual, aludiendo a una *revolución a medio camino* en cuanto al potencial heurístico que detenta nuestra práctica analítica con respecto a las diversidades sexuales, donde muchas veces, estas revisiones críticas no coinciden con la forma en que se ejerce y se transmite el psicoanálisis. Y finalmente, ofrecemos una breve fundamentación para una revisión de la ontología de lo Uno en el ejercicio y transmisión de nuestra praxis analítica, estableciendo la necesidad de una apertura hacia una ontológica de lo múltiple capaz de alojar la diversidad subjetiva y sus diferentes formas de goce.

SÍNTOMA, GOCE Y SINGULARIDAD

A diferencia de las nosografías utilizadas por la práctica médica que intervienen sobre un conjunto de signos y síntomas en el que el sujeto se haya ciertamente eclipsado, en la clínica psicoanalítica, por el contrario, se habla de síntoma clínico justamente en la medida que el propio sujeto revela una participación en el desarrollo y sostenimiento del

mismo. Por lo que el síntoma constituye un indicador central por excelencia, ya que señala “el punto desde donde se ha desplazado el conflicto, el lugar de corte de la división subjetiva, el borde simbólico de vacilación o desgarramiento del ser” (Lombardi, 2014, p. 90). El síntoma, sería así aquello que guía la experiencia del análisis.

Pero no se trata de una sintomatología secundaria o derivada, sino que a partir de los aportes de Lacan, es posible concebir un síntoma fundamental, que brinda un soporte estructurante de anudamiento, impidiendo el desencadenamiento o desanudamiento de nuestra consistencia subjetiva. De este modo, el síntoma se presenta como irresoluble e imprescindible, y en tanto tal, incurable, donde la experiencia analítica permitirá obtener algunas coordenadas para que el sujeto pueda elegir arreglárselas con ese desgarramiento fundamental. El síntoma se concibe así como “un punto de opacidad y de división que constituye y da presencia a un ser irrepresentable para sí y también para el Otro. El síntoma es la división instalada en el ser hablante, división que de él hace sujeto” (Lombardi, 2009, p. 22).

A partir de 1962, Lacan comienza a demostrar un gradual distanciamiento de sus concepciones lingüísticas, desarrollando una perspectiva en donde el síntoma también tiene una vertiente de goce, resistiéndose así a toda interpretación: “el síntoma sólo puede definirse como el modo en que cada sujeto goza del inconsciente, en la medida que el inconsciente lo determina” (Lacan, 1975, p 13), donde a partir del término *sinthome*, establece este núcleo de goce que resiste a la eficacia de lo simbólico, un modo de gozar que siempre singulariza las formas en que los seres hablantes lidian con lo real. A partir de este punto, puede entenderse como la experiencia analítica no consiste tanto en curar el síntoma, sino en acompañar su recorrido singularísimo entre los desfiladeros de la palabra y del silencio:

Tanto para Freud como para Lacan se trata de un camino lleno de obstáculos. Freud se topará como límites con la intensidad pulsional, con las alteraciones del yo, y con la roca viva de la castración. Para Lacan, habrá que pagar el precio de

confrontarse con la castración del Otro, con lo imposible de la relación sexual y con la falta de objeto para abrir a la posibilidad de un *saber hacer con eso*. (Rubinstein, 1996, pp. 30-31)

De esta manera, reivindicamos una clínica capaz de reconocer la dimensión dialéctica de la fenomenología de las experiencias subjetivas, dando cuenta de las posiciones del ser siempre en relación a su contexto épocal, “donde la postura personal, y por lo tanto política, del deseo y sus impasses, es decisiva” (Rostagnotto, 2019, p. 18). Se trata de una clínica no estandarizable en formalismos abstractos, que abreva en una praxis que trabaja con cuerpos deseantes, que se hacen asumir por el ser que no hay, dando lugar a una materialidad del lenguaje o *moterialisme* que conforma toda subjetividad. Este tipo de clínica refiera a:

Una apercepción conceptual de la manifestación fenoménica por lo cual puede ser llamada clínica del deseo, del objeto a, del goce, del síntoma, fantasma, estructural, de la sexuación o borromea, también continuista y gradual. Estas nominaciones resultan del atolladero subjetivo ante la experiencia del límite subjetivo del analizante: ante lo real. O bien puede clarificar el impasse sexual en los desacuerdos de su goce, o también ser útil en la construcción del sinthome final de algún final de análisis, por lo tanto, la clínica lacaniana no es estandarizable”. (Rostagnotto, 2019, pp. 19-20)

A partir de estas consideraciones sobre el síntoma y la práctica clínica, es posible entender el proceso de particularización del síntoma en donde se singulariza realmente al analizante, donde como precisa Lacan, la praxis analítica muestra que el síntoma “es lo que el sujeto conoce de sí, sin reconocerse en ello” (Lombardi, 2014, p. 165). Se explica de esta forma el proceso analítico, a partir de tiempos lógicos precisos, tomando la particularidad del síntoma y su tratamiento como eje de análisis, cuya dinámica opera los siguientes pasajes dialécticos:

Singularidad sintomática (Ficticia) Particularidad sintomática Singularidad sintomática (Real)

El síntoma es así simplificado y discernido, desenmarañado como división del ser, donde “alcanza el destino del hablante, su fijación singular de la que ahora está advertido, permitiéndole definir su política ante lo inmodificable” (Lombardi, 2009, p. 22). Pasando de la singularidad ficticia a la singularidad del acto ante lo real. El síntoma, constituye así una inherencia de la subjetividad que singulariza nuestra ex-sistencia, una inevitabilidad originaria del ser parlante cuyo decir instala una división fundante y un resto indecible, como resquicio anclado en lo más íntimo del sujeto, que lejos de constituir un fenómeno fugaz, continuamente retorna bajo la forma de una permanente insistencia.

SINTOMA, FALTA EN SER Y DISIDENCIA

En ese sentido, Colette Soler (2014), expresa que no hay sujeto sin síntoma, ya que el ser suple con las fabricaciones del inconsciente, la carencia propia del lenguaje. Por lo que no es posible una subjetividad sin síntoma en la medida en que lo real no puede ser totalmente discernido por la palabra. Expresado en otros términos, en la medida en que no existe registro que signifique el encuentro real con el Otro, el síntoma se presentará como una forma de suplir esta falta. En este sentido, en el encuentro cuerpo a cuerpo, hay entonces algo sintomático que suple esa falla discursiva de estructura, ya que no hay nada en el lenguaje que nos pueda orientar en garantizar dicho encuentro. Como puntualiza Soler “se trata del síntoma que establece un vínculo donde precisamente no hay vínculo social establecido para asegurar la convivencia de los cuerpos y de los goces” (como se citó en Lombardi, 2014, p.69).

De esta manera, se introduce la idea de que aún en ese encuentro gozoso entre los cuerpos, el síntoma nos permite hacer algo con lo indecible, donde en la relación sexual misma “hay necesidad de *sinthome*” (Lacan, 2006, p. 99). Posibilitando así, hacer lazo a pesar de que no haya ninguna inscripción en el lenguaje a partir de la cual podamos sentirnos guiados en la experiencia, ya que en esa instancia, estamos tan desprovistos

de discurso como en la esquizofrenia se lo está frente a los órganos. En palabras de Soler (2014):

Es decir que, de la misma manera que el esquizofrénico se enfrenta con sus órganos -y aún más, con su vida- sin el socorro de un discurso establecido, de la misma manera todo ser hablante se enfrenta con el Otro sexo sin el socorro de un discurso establecido. El síntoma fundamental es el que suple esa falla. Asegura una modalidad singular de vínculo con el partenaire sexuado, modalidad siempre enigmática, porque está condicionada por el inconsciente y su asidero sobre el cuerpo. (Como se citó en Lombardi, 2014, p. 70)

Es aquí donde adquiere valor la expresión de Soler (2011) en cuanto *amar al síntoma*, en tanto que la identificación final con el mismo, posibilita una relación inédita con la pulsión, “y más en general, un tratamiento posible del goce a partir del inconsciente como lenguaje” (p. 297). Pensamos que a partir de esta noción de síntoma, es posible articular la fenomenología de las diversidades sexuales, ya que en el encuentro entre el sujeto y el otro, en el encuentro corporal, las respuestas que uno manifieste allí, pueden estar fuera del discurso establecido, fuera del orden que ha sido normativizado. “Si la identificación crea algo del orden de lo mismo, el síntoma crea diferencia. Siempre es singular, rebelde a la universalización; es un principio de disidencia” (Soler, 2011, p. 299).

De esta forma, el síntoma mismo, además de un indicador clínico, puede entenderse también como una respuesta a la hegemonía de los discursos, como un efecto de resistencia a la lógica que intenta siempre establecer cuáles son las vías que delimitan la dinámica del goce para administrarlo, la lógica del Uno. Permitiendo al sujeto “nombrarse a partir de un *trozo de real*, que se atrapa a través del goce irreductible del síntoma, residuo del tratamiento simbólico por la palabra” (Fajnwaks, 2013, p. 233). El síntoma fundamental, se presenta así como un acto posible de resistencia frente los mandatos del significante-amo. A partir de ahora, podemos entonces conceptualizar el síntoma a

partir de un componente subversivo, es decir, como una disidencia al orden falocéntrico, revelando los límites de la matriz de inteligibilidad dominante, y por lo tanto, revelar otras matrices diferentes, diversas y subversivas de manifestación sexual (Butler, 2018).

ÉPOCA, DIAGNÓSTICO Y DIVERSIDAD SEXUAL

Estas conceptualizaciones resultan fundamentales a la hora de elaborar diagnósticos que mantengan una perspectiva crítica con respecto a la diversidad sexual, permitiendo una mirada despatologizante de las neo-sexualidades o sexualidades disidentes, tanto en el campo clínico y como en el campo social. Nuestra época actual, exige así una revisión de nuestras construcciones categoriales y aplicaciones diagnósticas, donde efectivamente:

Lo que hace medio siglo era un fenómeno casi desconocido, que atraía la atención de la clínica y de la sociedad en general por la espectacularidad mediática de los primeros casos, ya ha conquistado para sí un espacio propio en la forma de habitar la sexualidad humana. (...) Demandando una visibilidad desprejuiciada que aún no se le ha otorgado y una reflexión profunda desde la teoría psicoanalítica que cuestione a fondo afirmaciones aún vigentes y no suficientemente fundadas. (Pérez, 2013, p. 66)

De esta manera, Pérez Jiménez (2013), destaca la importancia de una revisión crítica de las nociones psicoanalíticas, alejándose de las conceptualizaciones que adjudicaban a los sujetos transexuales un componente patológico, donde la evidencia de la existencia de casos de transexualidad que no responden a una estructura patológica, exige la revisión de esquemas categoriales que promueven una patologización de la diferencia. En ese sentido, ante una mayor visibilización de las disidencias sexuales y a partir de la propia dialéctica que conecta la experiencia clínica con la reflexión teórica, nuestra

época actual plantea el desafío de llevar a cabo una apertura categorial y diagnóstica en psicoanálisis.

Toda época histórica, en tanto campo social, cultural e intersubjetivo, opera sobre las tendencias pulsionales de las subjetividades, normativizando las diferentes modalidades de goce, en donde “tanto la cultura como el cuerpo biológico pasan por el filtro del inconsciente y del deseo del Otro” (Quinet, 2019, p. 3). De este modo, el ordenamiento social, en tanto sistema discursivo regulador de la corporalidad y del ordenamiento del goce psíquico (Rostagnotto; Yesuron, 2011), permite integrar la dimensión social al orden de la corporalidad deseante, donde el sujeto, para constituirse e insertarse en el lazo social, aliena su demanda a nivel significativa y obtiene su goce corporal mediante el lenguaje (San Emeterio, 2013).

Según Millot (2013) Esta articulación entre síntoma, época y subjetividad, resulta decisiva en el entendimiento de la dimensión dialéctica que entrama época social y estructura subjetiva, donde “el transexualismo es hoy día un fenómeno social, incluso un síntoma de la civilización” (como se citó en Pérez, 2013, p.14). Ese transitar de forma diferente los caminos del goce, permite alojar una multiplicidad deseante diversa, donde Antonio Quinet (2019) nos comparte la siguiente experiencia:

Leticia Lanz, una mujer trans de 67 años, a los 50 años, cambio de género de masculino a femenino. Está casada hace cuarenta años con la misma mujer, que acompañó su transición. Tienen tres hijos y cuatro nietos. En una presentación reciente, en el Foro de Río del Campo Lacaniano, afirma que *nunca quiso ser madre, pero siempre quiso ser mujer, y que a sí mismo, le gustan las mujeres, dice ella, “en todos los sentidos”*. Por otro lado, afirmó que *al convertirse en mujer, no dejó de ser padre ni abuelo*. De entre sus hijos, fue su única hija la que más se incomodó y resistió a su transición. Hasta que en un momento, cuando su hija atravesaba un drama en su vida, fue a buscar a Leticia y le confesó su temor por perder a su padre, vuelto mujer. Leticia le dijo: “Hija, jamás dejé de ser

tu padre". Y ella se desvaneció en sus brazos llorando, pidiéndole estar en su regazo. Otro día, en la fila del supermercado, su nieto se dio vuelta hacia Leticia y le dijo: "Oh, abuelo, ¿Podés comprarme una golosina?". Y la cajera lo corrige: "No es abuelo, es abuela". Y el niño gira hacia Leticia y le dice: "Ella es boba, ¿no, abuelo?". (pp. 8-9)

A partir de esta experiencia de vida singular, podemos entender como las combinatorias, según las reglas de la sexuación, lejos de significar posiciones rígidas inamovibles, permiten en realidad una multiplicidad dinámica de posicionamientos subjetivos con respecto a nuestra asunción sexual, haciendo estallar la linealidad de la homologación sexo-genérica dual. Como expresa Quinet (2019), "lo trans demuestra lo que el psicoanálisis enseña: la madre no coincide con la mujer y la función paterna está disjunta de la posición masculina" (p. 8). Efectivamente, "fuere cual sea el sexo que asumamos, podemos trans-formarnos, transitar según el margen de libertad de cada quien, en cada época de la vida, según le pinte el color de la libido. Autorizarse así mismo con otros, en el encuentro cuerpo a cuerpo" (Rostagnotto, 2019, pp. 23-24).

De esta manera, sostenemos que, si bien la experiencia analítica da cuenta de una fenomenología subjetiva donde operan efectivamente los semblantes de hombre y de mujer en el sujeto del inconsciente, estos no deberían de normativizarse a nivel de una adecuación conceptual ni mucho menos constituir guías de procedimiento diagnóstico. En este sentido, existe todavía una gran distancia entre las consideraciones más heterodoxas que cuestionan las visiones clásicas acerca de la sexualidad, y la forma general en que el psicoanálisis se enseña y se practica, algo que, desde el punto de vista estrictamente teórico no haya justificación, ya que tanto Freud como Lacan han dejado a lo largo de sus obras innumerables recursos para seguir pensando y repensando sus propios hallazgos. Por eso consideramos que deben habilitarse redes interdisciplinarias que permitan un diálogo amplio y profundo acerca de los complejos entramados que configuran las subjetividades de nuestro tiempo, ya que como expresa

el propio Lacan en la clase XV del seminario 4:

Sería aberrante aislar completamente nuestro campo y negarnos a ver lo que, no lo que en él es análogo, sino que está directamente conectado, en contacto, embragado, con una realidad a la cual podemos acceder a través de otras disciplinas, otras ciencias humanas. Establecer estas conexiones me parece indispensable para situar adecuadamente nuestro dominio, e incluso para tan solo orientarnos en él" (Lacan, 1956-1957, p. 252).

UNA REVOLUCIÓN A MEDIO CAMINO

Este tipo de discontinuidades y descentramientos posibles que constantemente interpelan la regulación y homogeneización de la expresividad sexual, también tienen como antecedente un texto considerado fundante del propio psicoanálisis, donde el mismo Freud, en "*Tres ensayos de teoría sexual*", establece un planteamiento sin duda revolucionario, modificando totalmente la forma en que se concebía la sexualidad humana hasta ese momento, ya que hace estallar el concepto de instinto sexual impugnando la consideración canónica que enlazaba pulsión y objeto sexual:

Resulta que concebíamos como demasiado estrecho el enlace entre la pulsión sexual y el objeto sexual. La experiencia recogida en los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, que corríamos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto. Ello nos prescribe que debemos aflojar en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y objeto. Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de este. (Freud, 1901-1905, p.134)

Consideramos que Freud, sin embargo, vuelve a encarrilar este hallazgo sobre las bases

de un discurso evolutivo que parece re-naturalizar el desarrollo de la libido hasta culminar en una etapa genital heterosexual, donde pueden observarse tensiones a lo largo del texto, entre las consideraciones clásicas cercanas a la psiquiatría del siglo XIX con respecto a la perversión, y las consecuencias que implicaba su propio hallazgo en cuanto a la no correspondencia entre la pulsión y el objeto sexual (Reitter, 2019). Aunque hay que mencionar que estas primeras consideraciones freudianas, logran al menos alejarse del discurso científico que tiende a reificar de forma ontológica la sustancialidad de un organismo femenino y masculino sobre la que se naturalizan rasgos genotípicos y fenotípicos siempre de forma binómica, construcción discursiva que legitimará una estricta normalización sobre los cuerpos y sus manifestaciones sexuales. Estos enfoques serán profundamente criticados por Lacan al introducir el sujeto del lenguaje, ya que no se pensará ahora en términos de individuos orgánicos sustanciales, sino de posiciones y relaciones con respecto a un goce inconsciente. “Toda la conceptualización teleológica de la sexualidad, con su narrativa de las etapas de la libido que culminan, en el mejor de los casos, en la genitalidad madura, adulta y heterosexual, queda demolida por la crítica lacaniana” (Reitter, 2019, p. 28). Donde ratifica de forma definitiva la disyunción entre la anatomía biológica y el goce singular del sujeto del inconsciente. De todas maneras, pensamos que es necesario radicalizar las implicancias de estas consideraciones teóricas debido a que aún se conservan componentes heteronormativos en la articulación del complejo de Edipo con el complejo de castración:

La dificultad que tiene el psicoanálisis para escapar a los dispositivos heteronormativos está tal vez en una cierta petición de principio presente en la narrativa edípica. “Hombre” y “Mujer”, si estamos hablando de sujetos y no de individuos, son significantes que denotan una posición sexual que no está determinada por la anatomía, y mucho menos por ningún instinto, son posiciones respecto del falo, que se establecen en esa encrucijada de deseos, formas de goce, prohibiciones, anhelos, fascinaciones, desilusiones, amores, desengaños,

que llamamos complejo de Edipo. Pero en la habitual narrativa edípica, se habla del complejo de Edipo “de la niña” y del “niño”, poniendo entonces al principio lo que se suponía que se iba a encontrar al final, los sujetos sexuados. En el principio de la narrativa definimos por la anatomía lo que en el final se define por el deseo, y se considera el final “feliz” aquel en el que coincide la anatomía con lo que se supone que se espera “normalmente” de ese cuerpo. (Reitter, 2019, p. 30)

Como expresa Reitter (2019), si bien nuestras indagaciones clínicas dan cuenta de cuerpos diversos atravesados por un goce singularísimo, a nivel categorial se realiza una nueva operación epistémica en donde se vuelve a reificar una dualidad en el que siguen operando las figuras generizadas de hombre-mujer / niño-niña, cuya vía de resolución heterosexual tiende a considerarse como la más adecuada o “feliz”, y donde toda disidencia es tratada en general en términos de desviación, inadecuación o renegación. Es necesario así, avanzar en la dimensión relacional del género como una dimensión compleja atravesada no solo por la dimensión deseante del inconsciente, sino también por las estructuras socio-históricas y culturales propias de cada época, de manera que sea posible romper con la sustantividad reificada ancladas en la dualidad de las epistemologías clásicas. Se trata de concebir una multiplicidad combinatoria que comience a cuestionar la lógica fallogocéntrica.

Desde las perspectivas epistemológicas de la diferencia, podemos radicalizar así las concepciones ontológicas de Ser y de Otro, en la medida que entendemos que la propia configuración de lo Otro, sigue apoyada en una economía significativa en el que la construcción de “lo femenino” sigue operando bajo los efectos de una regulación normativa masculinizada:

Para Beauvoir, las mujeres son lo negativo de los hombres, la carencia frente a la cual se distingue la identidad masculina; para Irigaray, esa dialéctica específica establece un sistema que descarta una economía de significación totalmente

diferente. Las mujeres no sólo están representadas falsamente dentro de un marco binario de sujeto significativo y Otro significado, sino que la falsedad de la significación vuelve inapropiada toda la estructura de representación. En ese caso, el sexo que “no es uno”, es el punto de partida para una crítica de la representación occidental hegemónica y de la metafísica de la sustancia que articula la noción misma de sujeto. (Butler, 1999, p. 60)

Esta crítica al sustancialismo dicotómico, se encuentra también presente en diferentes pasajes de la obra lacaniana, donde efectivamente se entiende la sexualidad en términos de un goce singular inscripto en las corporalidades deseantes. “Se trata de un cambio total el que introduce [Lacan], cuando deja de hablar del goce del Otro, bajo el modo en que antes había hablado del deseo del Otro, para hablar del *goce del cuerpo*, (...) se trata de un goce situado como acontecimiento del cuerpo” (Miller, 2011, p. 68). Un goce ahora anudado a la contingencia singular de una corporalidad que lo porta a partir de un contacto traumático con lo real. Un real que continuamente hace estallar toda inscripción reguladora, un real que asegura el fracaso de toda normatividad, donde anida finalmente una pura relación de espacios y vacíos. “Lo real es la topología. Es decir, no es materia alguna, sino pura relación de espacio” (Ídem, p.10). A partir de allí, es posible ubicar el fracaso último de toda discursividad dominante, la negación subversiva de toda afirmación hegemónica, y sobre la que quizás, puede ser posible el develamiento de una proposición no meramente negativa del “*no-todo*”, sino el comienzo de una afirmación de otro orden.

HACIA UNA ONTOLÓGICA DE LO MÚLTIPLE

Estas experiencias clínicas y construcciones categoriales, nos permiten pensar un pasaje hacia una ontológica de lo múltiple, donde las fórmulas de la sexuación permiten considerar “diferentes posiciones que un mismo sujeto puede tomar en relación a la vida

sexual. Y esto independientemente de su sexo, género u orientación sexual” (Quinet, 2019, p. 12). De esta manera, fundamentamos una revisión de la ontología de lo Uno, en el que los procesos de sexuación se definen solo a partir de una binarismo sexo-genérico que opera performativamente sobre los cuerpos, prescribiendo sus formas de goce en base a las normativas de la discursividad social dominante. Se trata de realizar entonces un cuestionamiento al orden de lo Mismo, de lo idéntico a sí mismo, para posibilitar una apertura hacia las perspectivas epistemológicas de la diferencia.

En este sentido, frente al orden falogocéntrico de lo Uno, las corporalidades deseantes portan siempre “una inconsistencia ontológica del sexo no reducible a la dicotomía heteronormativa” (Rostagnotto y Yesuron, 2019, p. 670). Donde lo diferente en tanto distinto de lo Idéntico, en su radicalidad infinitamente otra, permite interpelar las ontologías de lo Uno y de lo Mismo, abriéndonos a una multiplicidad alternativa insospechada. Se trata de comenzar a desandar ese continente Otro de la alteridad radical de la sexualidad, ese “más allá que transborda, trasciende, transcribe. Transpasaje posibilitado por el amor, ese amor trans que es la transferencia” (Quinet, 2019, p. 14). Donde la diversidad de las posiciones sexuadas posibles, permitan transitar otros lugares propios en lo más allá de lo Uno y de lo Mismo, para abrazar el más acá de lo múltiple y lo diferente.

Donde también habita lo que no se elige del sexo, como “marcas de goce que conmemoran la emergencia al símbolo, goce que más que elegirlo, nos elige” (Rostagnotto, 2019, p. 24). Un goce que “como tal, es el goce no edípico, el goce concebido en tanto sustraído, fuera de la maquinaria del Edipo” (Miller, 2011, p. 50), goce inscripto en el acontecimiento de una corporalidad deseante singular, que permite abrirnos a una ontología de las contingencias, de lo transitorio, del deseo, de lo que continuamente se halla abierto a la metamorfosis, sobre lo que por supuesto, sigue insistiendo algo de lo real que va hilando nuestra ex-sistencia como pro-yecto siempre ad-viniente, inacabado, trans-humante. Se trata de elaborar entonces una ontológica de

lo múltiple que pueda alojar una “*óptica del goce*”.

Todo esto, no nos deja otra opción como practicantes que transitar la formación como “una crítica de la práctica como formación del analista” (Rostagnotto, 2019, p. 27). Como expresa el propio Lacan (1975), formarnos “bajo la égida de una crítica, una crítica de la técnica analítica” (p. 31). Asumiendo una actitud que permanentemente nos exige repensar la problemática del diagnóstico y el entendimiento del síntoma para *estar a la altura de las subjetividades de nuestra época*. Permitiendo evitar así, tanto el estructuralismo invariante como el subjetivismo solipsista, para abrazar una clínica de lo real que sea continente de subjetividades ancladas en una corporalidad deseante diversa. Esto implica alojar un saber hacer con nuestro desgarramiento fundante, un saber hacer con nuestra insondable finitud, una finitud humana que parece cavilar desnuda entre la carne y la metáfora.

REFERENCIAS

- Butler, J. (2018). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- Fajnwaks, F. (2013). *Leyes transgénero y teorías queer ¿El fin de la castración?*. En M. Torres (Ed.) *Transformaciones: ley, diversidad, sexuación* (pp. 227–240). Grama.
- Freud, S. [1901-1905] (1992). *Tres ensayos de teoría sexual*. Obras completas. Volumen VII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Lacan J. [1975-1976] (2006). *El sinthome. El seminario de Jacques Lacan (Vol. 23)*. Editorial Paidós.
- Lacan, J. [1956-1957] (1994). *La relación de objeto. El seminario de Jacques Lacan (Vol. 4)*. Editorial Paidós.
- Lacan, J. [1953-1954] (2006). *Los escritos técnicos de Freud. El seminario de Jacques Lacan (Vol. 1)*. Editorial Paidós.

Lacan (18 de febrero de 1975). Clase 6 del seminario R.S.I. *Escuela Freudiana de Buenos Aires*. Recuperado de:

<https://www.lacanterafreudiana.com.ar/2.1.10.6%20CLASE%20-06%20%20S22.pdf>

Lombardi, G. (2014). *Usos del síntoma*. En Lombardi, G. Soler, C. Mazsuga, M. et al. *Usos del síntoma*.

Lombardi, G. (2009). *Singular, particular, singular. La función del tipo clínico en psicoanálisis*. En "Singular, particular, singular". *La función del diagnóstico en psicoanálisis* (pp. 17-22). Buenos Aires, JVE.

Miller, J. (2011). "El Ser y el Uno". Curso de orientación lacaniana. Publicada en *Freudiana* 67.

Pérez Jiménez, J. C. (2013). *De lo trans. Identidades de género y psicoanálisis*. Cap. III. Buenos Aires. Grama Ediciones.

Quinet, Antonio (2019). *El Psicoanálisis en la Era Trans*. En *Nadie Duerma #9. Revista de Psicoanálisis del Foro Analítico del Río de la Plata*.

Reitter, J. (2019). *Edipo Gey. Heteronormatividad y psicoanálisis*. Buenos Aires. Editorial Letra Viva.

Rostagnotto, A; Yesuron, M. (2019). *Discurso sexual, cuerpo y diferencia sexual*. En *Identidade e Sexuacao*. Athos Diva: Rio de Janeiro.

Rostagnotto, A. y Yesuron, M. (2011). *Época y Síntoma*. En Gómez, M., (Comp.) *El Campo Psicoanalítico*. Córdoba. Editorial Brujas.

Rostagnotto, A. (2019). *Puntuaciones para una clínica lacaniana*. En *Clínica en extensión e intensidad*. En Letra a, Año 2 – Nº2. Publicación del Foro Mediterráneo del Campo Lacaniano.

Rubinstein, A. (1996). *El concepto de síntoma en Freud*. En *Diversidad del Síntoma*. Colección de Orientación Lacaniana. Buenos Aires.

San Emeterio, C. (2013). *Apuntes programáticos para el desarrollo del futuro de la Psicología del Trabajo y las Organizaciones*. Tercer Congreso Iberoamericano de Psicología del Trabajo y las Organizaciones (CIAPOT).

Soler, C. (2011). *Incidencias políticas del psicoanálisis 1*. Barcelona: Ediciones S & P. Ediciones del Centro de Investigación Psicoanálisis & Sociedad.